

Pregón Exaltación  
Romería de “El Convento”  
2007

Antonio García Barbeito

Para el querido hermano  
y todo la familia de Agustín  
Santos, en recuerdo de aquellos  
días para mí inolvidables.

agustín Santos

1-XI-08

*Pregón  
Exaltación  
de  
“El Convento”  
2007*

**Antonio García Barbeito**

PREGÓN DE LA VIRGEN DE AGUAS SANTAS

VILLAVERDE DEL RÍO, 27 de abril del año 2007

Autoridades religiosas y civiles, hermano mayor, hermanos, villaverderos, amigos... Buenas noches. Doy las gracias a quienes me eligieron, más por cariño que por valía, para este menester. Y digo cariño porque yo vengo aquí de la mano amiga de los Rey Palacios, sobre todos, de Manuel y Ramón, Ramón y Manuel, que han sabido modelar en mí y en mi familia, y entre mis amigos (y con su familia, y con algunos de sus amigos), un modelo de amistad y afecto que es pieza única de inquebrantable barro de sentimientos. Barro bien cocido de la amistad, y bien adornado con sus mil historias impagables, tan necesarias para alguien que, como yo, se dedica a este oficio de la palabra y de los libros. Historias algunas que un día, en la esquina de cualquier publicación mía, aparecerán, con otras ropas y con otros nombres, tan vivas como me las contaron, que hay que ver lo bien que cuentan las historias todos los Rey Palacios. Gracias a ellos por este honor. Y gracias a la hermandad de Nuestra Señora de Aguas Santas, que dijo sí a esa propuesta. Gracias a José María Sarmiento, tan educado como generoso, tan solícito como prudente, que sé que le he tenido las carnes abiertas hasta esta mañana. Y a Andrés, que le acompañó en un rato de charla

amiga hace unos meses. Gracias a todos por estar aquí esta noche para escuchar una palabra que viene forastera y bienintencionada a tratar de dejar algo del calor que ha recogido en sus muchas venidas a Villaverde, calor amigo y calor festivo -y calor de sol, también, todo sea dicho-, un calor, el humano y el festivo, que no deja que se enfrie mi relación con este pueblo, una relación que tiene su origen hace muchos años, veintitrés, que quizá muchos de ustedes no sepan que la primera vez que vine a esta romería fue en el año 1984, tras la invitación que me hizo mi querido amigo, y compañero entonces, Manuel Díaz, Manolito el de Villaverde, como lo conocíamos en la Caja Rural. Manolito siempre me hablaba -y con razón- maravillas de su pueblo, y vine, y disfruté bajo el sol de fuego de la fiesta, aunque las romerías que más recuerdo, por cercanas y por la intensidad con que las he vivido, han sido las últimas. Y fue en la del año pasado cuando me dijeron que les hacía ilusión que yo viniera a pregonar lo que tanto ignoro y ustedes tan bien conocen. Pero el cariño es el cariño, y los amigos estamos para demostrarlo. Y aquí estoy. Sean misericordiosos. No vengo a enseñarles nada -no se me ocurriría ir a darle lecciones a Noé de lo que es un temporal-, ni a demostrar nada, si no es, si acaso, mi impotencia. Les ruego que me tomen por lo que soy, un trabajador de la palabra que tiene aquí amigos, que ha vivido parte de su fiesta, y que quiere hoy, con este rato, cantar lo

que a ustedes y a todas sus generaciones lleva siglos cantándoles en la sangre: el amor a la Virgen de Aguas Santas.

*En el nombre de la paz  
y de la vida en el nombre,  
siempre del lado del hombre  
que labra el surco feraz,  
hago de espigas un haz  
y voy abriendo la mano.  
Recoged grano por grano  
hasta formar nueva espiga.  
Después, que Ella nos bendiga  
a las puertas del verano.*

*Soy de pueblo. Y esta mano  
se extiende para el amigo  
que siembra amor como trigo  
en el surco de lo humano.  
Quiero sentirme paisano  
del mismo calor que el mío.  
No quiero sentir el frío;  
calor que pueda notarse,  
que esta mano viene a darse  
a Villaverde del Río.*

...Y Dios tomó barro y modeló al Hombre. Y le insufló un soplo divino y cobró vida. El barro como principio. Y antes del barro, el Verbo. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Barro y verbo del hombre, barro y verbo de la Creación crean lo posible hoy. Soy pues barro y verbo; barro que por el barro de mis amigos ha multiplicado las palabras y el afecto. Barro. Y palabra. Dios, tan sabio, tan infinitamente sabio, tomó lo más sencillo para su mayor obra. Si para la institución de la Eucaristía se hizo campo en su deseo –pan y vino, espiga y racimo–, para la Creación se hizo barro y palabra. Yo en Villaverde me siento barro amigo del barro, y si necesitara más barro, qué cerca el río para más barro, y qué cerca, sobre todo, el Sietearroyos para tener siete veces la posibilidad de imaginar cómo nace la vida. Barro y palabras. Y aguas… Todo está aquí, todo el principio de la Creación, en síntesis, está aquí: barro, verbo, aguas…

Salió su nombre: Aguas Santas. No es posible el barro sin agua, y si la palabra salió del barro tocado del soplo divino, la palabra no es posible sin agua. Y esas aguas tenían que ser Santas para alcanzar la grandeza que alcanzaron, para llegar a tener el mayor parecido con lo Creado: barro divino y palabras divinas que salen gracias a las Santas Aguas de Dios.

Que cuando Dios dijo “¡Háganse las aguas!”, sabía que era como decir “¡Hágase la vida!”

Aguas nos dan la vida, aguas santas nos cercan, somos al fin, todos, un islote de vida rodeado de aguas santas, de aguas milagrosas, de aguas benditas, de aguas divinas, de agua, de vida… El milagro de la vida, nuestro nacimiento, viene cuando la mujer rompe aguas, y para la madre son aguas santas, y para el hijo, aguas santas por las que corre el primer llanto, el primer aliento, la primera respiración, el primer latido al aire libre… Por el bautismo, aguas santas –benditas– son las que obran la grandeza del sacramento. Jesús se sumergió en el Jordán y ya las aguas todas fueron santas desde que Juan lo bautizó. Aguas santas desde el comienzo del mundo. Si agua santa fue necesaria para formar de la tierra el barro, aguas santas fueron necesarias para crear la vida de los animales, de los vegetales, para que pudieran vivir todas las criaturas de la Creación. Y aguas santas son las que aparecen en el primer milagro de Jesús, en las Bodas de Caná: ¿Cómo no iban a ser aguas santas las de las Bodas de Caná, si se convirtieron en vino para que el novio pudiera agradar a sus invitados? Aguas santas. Observad, amigos: estamos rodeados de aguas santas desde el comienzo del mundo. Como lo está Villaverde del Río, que si con Río –con aguas santas del Guadalquivir– se apellida, con Aguas Santas se santigua, se completa, se ilumina, se

enciende, se enfervoriza y alcanza la más elevado sensación del espíritu. Aguas santas.

Cuando en su viaje a Galilea Jesús se para en Samaria, en el pozo de Jacob, y le dice a una mujer samaritana: “Dame de beber”, y ella le ofrece agua, ¿no son acaso aguas santas, desde ese momento, las aguas de todos los pozos de los que el hombre ha dado de beber? Aguas santas. Y más preguntas: ¿cuál es una de las siete palabras de Jesús en la Cruz? “Tengo sed”. Aguas santas, divinas, se levantaron de los manantiales para darle de beber el Hijo del Hombre las santas aguas del espíritu divino, santas aguas que no pudo amargar la hiel que le dieron los soldados. Aguas santas son todas las aguas que damos siempre que alguien nos dice que tiene sed. “El agua no se le niega a nadie”, decimos. Porque somos conscientes de que el agua es santa, que son aguas santas todas las aguas con las que el hombre se acerque a las buenas obras.

Aguas del campo, aguas santas que salvan las cosechas, aguas santas que, como en aquellos días del Génesis, obran de nuevo el milagro. Aguas diarias de nuestra necesidad, aguas santas para nosotros. Aguas santas del rocío, aguas santas de las entrañas de la tierra, que se desangran – quiero decir, se desaguan– para amamantarnos.

...Y Ella se llama Aguas Santas. Ella resume todo lo más grande de la Creación. Aguas Santas... Yo la he visto, huertana de amores al pie de sus aguas, huertana de amores al pie de su amor, esperando turno de almas sedientas, paciente y atenta... No temas, pastor. Yo la he visto...

Pequeña, chiquita,  
como una rosita  
de pitiminí.

Graciosa, preciosa,  
como mariposa  
que al ir y venir  
regala colores  
y regala amores  
así porque sí.

Pequeña, chiquita,  
menuda, bonita,  
como las alitas  
de algún querubín.

Como el beso chico  
que da el abanico  
puesto de perfil.

Como la sonrisa

que no llega a risa  
de un recién nacido,  
cuasi como el nido  
de un suspiro, sí.

Como los latidos  
de un ángel dormido,  
como el desperezo  
de la clavellina,  
lo mismo que el rezó  
de una golondrina.

Pequeña, chiquita,  
como la bendita  
llama del amor,  
que va calentando,  
que va conquistando  
todo el corazón.

Pequeña, bonita,  
preciosa, chiquita…  
como las cositas  
pequeñas de Dios,  
como el anillito  
-pequeño, chiquito-

que lleva el dedito  
del Niño de Dios...

Pequeña, chiquita,  
preciosa, bonita,  
como la boquita  
de un capullo en flor,  
como la gotita  
que moja la hoja  
y a Dios se le antoja  
la hoja mejor.

Preciosa, bonita,  
como la carita  
brillante y chiquita  
de un pájaro al sol,  
como la divina  
suavidad de harina  
que tiene el amor,  
como la despierta  
luz que por la puerta  
nos regala el sol.

Como el tierno grano  
que en su buena mano  
cuida el labrador.

Pequeña y bonita  
como las manitas  
de alguna ilusión,  
igual que los frutos  
que tan diminutos  
crecen al calor  
de la luz del día…  
como la alegría  
de la medianía  
de media pasión.

Pequeña, bonita,  
como las cositas  
queridas de Dios.

Pequeña, bonita…  
menuda, chiquita,  
cuerpo de mocita,  
y toda bendita  
por Madre de Dios,  
no te vayas, Madre,  
no te vayas, no:  
que por Villaverde  
tus hijos se pierden

si tarda tu Amor...

Chiquita, bonita,  
preciosa, bendita,  
como tortolita  
sagrada de amor.

Pequeña y bonita,  
como la infinita  
gota del tesón,  
como la exquisita  
luz de la razón.

Chiquita y bonita,  
preciosa, bendita...  
eterna en la ermita  
que es tu gran mansión,  
Y más enterita,  
tú, Madre bendita,  
en mi corazón.

Pequeña, chiquita,  
como tierna espiga  
que la luz amiga  
la grana de luz,

como los luceros  
que alumbran el cielo  
en la noche azul.

Como el sueño fino  
que por el camino  
sueña el manantial,  
como la amapola  
que roja se inmola  
en verde trigal.

Como los deditos  
tiernos, tan bonitos  
de las mandarinas,  
como la divina  
semilla del Bien,  
como la nevada  
roja en la granada,  
como en el Belén  
la nieve que baña  
de blanco montañas  
y baja después  
a orillas del río  
-pájaro de frío-  
para ver nacer

a Dios. Como aquella  
luz de aquella estrella  
que pinta tan bella  
rescoldos de luna,  
como la aceituna  
verde y olorosa,  
como la graciosa  
flor que en el camino  
que no teme a espinos  
por mirarte a Ti,  
como aquel asombro  
que cabe en la mano  
y se me hace humano  
si con él te nombro.

Pequeña, chiquita,  
bonita, bendita,  
pero que en su ermita  
después se agiganta  
y me solivianta  
tenerla cerquita  
del agua bendita  
que riega sus plantas,  
y Tú, tan chiquita,  
y Tú, tan bonita,

las penas le quitas  
a quien te levanta  
los ojos y canta  
y oración recita  
que se le atraganta.  
y entonces, Chiquita,  
tu Luz se abrillanta  
y la pena espanta  
cuando te adelantas  
con tu luz chiquita,  
la luz infinita  
que a todos encanta,  
y eres infinita,

Virgen de Aguas Santas.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

La gracia de la gente que se envuelve  
en la fiesta y la fe por El Convento.

El pueblo que se hace peregrino  
y que se hace santo por ser pueblo.  
El canto de las gentes... Yo he vivido

en familia feliz grandes momentos  
al pie del Sietearroyos, confundido  
entre el cante y el baile, junto al rezo.

He vivido la entrega del amigo  
y las puertas abiertas de quien luego  
se hizo amigo por ser de mis amigos  
amigo, y por amigo ya lo cuento.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Cerca de la dehesa donde pastan  
toros que llevan en la frente puestos  
la terrible arboleda de su casta,  
los terribles pitones donde el miedo  
se pone un camisón de pesadillas  
que desbarata por la noche el sueño.

Cerca de la dehesa donde todo  
se salpica de bravo y duro negro,  
allá por Majallana, donde duermen,  
con el hierrto de Astolfi, los becerros  
y sueñan medialunas en la frente,  
y telas y clarines en el ruedo.

Y los espulgabueyes se arraciman  
como jugando al toro con su vuelo,

subalternos del aire que torea  
invisible en la cara de un cuatreño.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Cerca de donde el puente se levanta  
y se hace ojo de piedra y de silencio  
que mira cómo pasa el agua niña,  
que espera cuánto tarda el agua luego,  
que siempre canta suave entre la grama,  
que siempre duerme quieta bajo el cielo.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Por las altas barrancas de las veras  
del Sietearroyos por la tarde pienso  
cuántas cosas me dieron estas gentes,  
cuánto le debo a tantos de este pueblo.

He vivido la fiesta, he compartido  
con los amigos cien momentos buenos;  
he visto luego cómo se me abrían  
cien manos de verdad, cual juramento,  
que las manos que aquí se me han tendido

siempre fueron de frente, por derecho.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

A la sombra de rústicas casetas,  
bajo el abrigo del sombrajo eterno  
he bebido la copa de amistad  
que lleva el vino del amigo dentro,  
y he comido tu pan, de tu fiambra,  
de tu amistad verdad, villaverdero,  
y he sentido la ingente comunión  
como sólo se siente siendo pueblo.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

me pierde ese calor de lo cercano  
que lleva algún amigo siempre puesto,  
ese calor que se convierte en fiesta,  
ese calor que se convierte en fuego  
de fe y de devoción cuando a la ermita  
me llevan a su Madre y al encuentro  
me dicen: “Mírala, tan chiquitita,  
es la más grande de to el Universo”.

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Me pierde ese sonido de la Salve  
que sale de la tierra y llega al cielo,  
esa Salve que suena tan por fuera,  
esa Salve que llevan tan adentro  
los hijos que te llevan y te traen  
como quien lleva su más hondo credo.

Me pierde ese sonido de la gaita  
que silba por el aire y se remonta luego  
-ese silbo en el aire de la fiesta-  
Con el eterno pompón del tamborero,  
y el baile improvisado, y la ocurrencia,  
y siempre, siempre, siempre, siempre el pueblo  
abriéndose por darse a los paisanos,  
abriéndose por darse al forastero…

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Me pierde, junto al agua milagrosa  
que Ella encauza entre álamos serenos,  
la fe que no la deja nunca sola,

la fe que no la deja ni un momento.  
y al verla tan chiquita y tan bonita,  
esencia de las Vírgenes del cielo,  
me enciende la mirada y me ilumina,  
y me pide que rece y yo le rezoo...

¿Qué me pierde  
en Villaverde?

Me pierde cuando veo las carrozas  
las mismas que lucieron por el pueblo,  
volver, partir tras la carreta  
de plata donde brilla ese Lucero,  
Menudo, virginal, tan chiquitito  
Que parece de Dios su primer beso.

Y me pierde la gente, la alegría,  
La misma que en septiembre la echa al vuelo  
Por las calles del pueblo, y se la posa  
A cada puerta del villaverdero.  
Por septiembre es Paloma que blanquea  
La blanca cal que luce siempre el pueblo.  
Paloma que zurea por el aire  
Santificando el aire en su zureo.

¿Qué me pierde

en Villaverde?

Me pierde el corazón de los amigos,  
El corazón que busco y siempre encuentro,  
El corazón que llama y me pregunta:  
“¿Cuándo vas a venir, que te queremos?”  
Me pierde el alma noble de la gente  
Que las puertas de alma me entreabrieron,  
Las mismas que hace tiempo me acercaron  
Al hervor de la fiesta y al encuentro  
Con Ella, tan chiquita, tan bonita,  
Tan de la talla del amor materno.

Me pierde ese camino de amistad  
Por el que nunca, nunca yo me pierdo,  
El mismo que se abre generoso  
Para que sea posible nuestro encuentro...

...Chiquita, bonita,  
como una rosita  
de pitiminí...

Pequeña, chiquita,  
menuda, bonita,  
como las alitas

de algún querubín.

Como el beso chico  
que da el abanico  
puesto de perfil.

Y más, y más cosas:

Como la preciosa

Perla del rubí,

Como la olorosa,

Blanca y caprichosa

Gracia del jazmín…

Se va el amigo, y se va  
con tu nombre por bandera  
izada en la primavera  
que Dios por tu mano da.

Por mi alma quedará  
tu nombre cual juramento,  
recordando los momentos  
que con los tuyos viví  
y todo lo que sentí  
en el sitio del Convento.

Traje las manos vacías  
y tu amor me las llenó

con el amigo que dio  
razón de ser a las mías.  
Y si ayer me parecías  
una Virgencita más,  
hoy lo que al darte me das  
te convierte en mi compaña.

Ya nunca serás extraña  
y en mi recuerdo vendrás.

Las aguas que santificas  
en el río de tu amor  
ya han levantado un rumor  
de esa fe que tú salpicas.

El día que puedas me explicas  
-en tu ermita, junto al verde  
del campo que ahora se pierde  
sin tu divina presencia-,  
por qué tengo esta querencia  
por tu pueblo, Villaverde.

En el adiós del amigo  
que vino a verte, Señora,  
yo te dejo la cantora  
razón que traje conmigo.  
Que sea tu nombre mi abrigo

antes de sentir el frío.  
Y en el blanco caserío  
donde pasiones levantas,  
déjame un hueco, Aguas Santas,  
en Villaverde del Río.

He dicho

Antonio García Barbeito

Escrito en la mañana del día 27 de abril del año 2007